

## [1]

Querido Juan José:

Hoy casi todos los teólogos católicos son “posconciliares”, casi todos los economistas académicos “poskeynesianos” y casi todos los filósofos contemporáneos, quiéranlo o no, “posmodernos”.

Pues eso, estamos siempre pos-esos, huyendo del pasado, detrás de algo o de alguien que se va apenas ha venido. Yo ando también detrás de mí mismo, del que fui y ya no soy, del que seré y aún no es, pisando los talones a mi propia sombra: - “¿Quién eres, tío?”, me digo agarrándome de la solapa como si fuera un detectivesco policía que hubiera atrapado a un ladrón. - “No sé”, me responde el espejo desde el fondo con una cara de estúpido amnésico.

Pues bien, llame usted a estas cartas “introspección”, “examen de conciencia” o, si gusta – no, gracias - , “ejercicios de retórica narcisista”. El caso es que desde ahora ya me tumbo en el diván, corre el reloj (diez euros la hora) y empieza el psicoanálisis. Tome nota, doctor:

(...)

Ya sabe usted – discúlpeme el latiguillo fraseológico y otras muletas venideras- que así como hay plurales de “modestia” existen igualmente plurales de “cobardía”. Mis pecados se

disuelven en los vicios colectivos de mi raza o estirpe celtibérica. Suele decirse que nosotros, los españoles de quinta generación, somos envidiosos y soberbios. Ahora bien, como Dios me ha hecho deficitario en el primer pecado hispano, me ha concedido ración doble en el segundo. Soy soberbiamente soberbio ... incluso cuando soy humilde. “*Il est fière*”, me decían los gabachos hartos de que se me hincharan las narices y otros apéndices cada vez que me retocaban el orgullo, la honrilla calderoniana, el amor propio y también el ajeno.

Pero mi soberbia, a Dios gracias, no es de aquellas de los que desean estar “sobre” sino más bien la de quienes no se resignan a estar “bajo”, obligados, sumisos incluso en ese calzoncillo interior que es la conciencia insobornable. Afán de Resistencia, nunca de conquista. Aires de independencia vascongada con redobles de cañón a lo Agustina de Aragón. Y el orgulloso, como mejor está, es sólo-sólo en Bora-Bora o Baden-Baden, dueño de su soledad, Robinson en una isla desierta.

Estas cartas son la ínsula, la coca-cola y el mensaje en la botella. (Si yo fuera, de verdad, bibliotecario no perdería el tiempo clasificándolas en el estante de “Memorias y biografías”, subgénero epistolar. Como dice mi sordo padre con vulgar pareado: “Al corral, que no vale un real”. Pues eso, al cajón).

## [2]

Querido “don” José:

Me reprocha “usted” que le trate de usted y, de manera muy inconsecuente, le haya suprimido en las cartas el tratamiento abreviado del “dominus” latino en el nombre. “Todo o nada”, me reclama con sorna y una lógica más aristotélica que hegeliana.

Pues bien, sabe de sobras que no hay rigor absoluto en las cosas humanas. ¿No es contradictorio ver a un dictador abuelo firmando sin temblar sentencias de muerte y llorando de emoción ante las gracias de un nieto? Aquel magnífico orfebre que fue Benvenuto Cellini era capaz de acuchillar a cien hombres por cualquier tontería y al mismo tiempo ser el hijo más cariñoso y tierno con su padre. ¡Somos un pozo de contradicciones!

Por otro lado, ¿qué diremos de Lot, sobrino de Abraham? Tuvo la delicadeza de ofrecer la virginidad de sus hijas para salvar la honrilla (o, mejor dicho, el trasero) de unos invitados. ¿No es eso ganar indulgencia con escapulario ajeno? Un hombre recto hubiera esperado que el anfitrión se bajara los pantalones inmolándose como víctima de sacrificio a la impudicia de los sodomitas. Pero... ¡quia!, que dicen en mi pueblo. Y después de todo ¿cómo podemos juzgar nosotros el código moral de un padre tan desnaturalizado y unas hijas vengativas tan incestuosas? Si en aquellos tiempos Yahvé mandaba pasar a cuchillo a hombres, mujeres, niños, ovejas, bueyes y asnos ¿qué mal

hace el pobre de Lot sacrificando a sus hijas sin usar éstas ninguno de esos condones inmorales de que se valen quienes se dan el lote con una hembra?

Ya se habrá dado cuenta de que esos precedentes sirven como alegato para mi propia defensa. Sí, me acuso, padre, de vivir en contradicción conmigo mismo. Puedo llevar - ¡oh, cielos! - una vida muy burguesa, hamburguesada incluso, carente de heroísmo espiritual, y poseer al mismo tiempo un espíritu volteriano. Soy liberal de izquierdas, progre de salón, bata y pantuflas, rebelde sin causa, revolucionario de copa, puro, dividendos de bolsa y privilegios sociales adquiridos. ¡Qué le voy a hacer si estoy tan cómodo, tan a gusto, tan ricamente bajo la sombra de la secular encina!

Canta un bolero sudamericano: “Si tú me dices *ven*, lo dejo todo...”. No, yo nunca seré tan radical como el dulce Jesús de Nazaret.

## [3]

Querido “Jota-Jota”:

De tantas ninfas académicas como me han seducido “a lo largo y ancho de mi vida” (póngase aquí la voz engolada) ninguna se ha adueñado tanto de mi corazón como la bella filología. Es cierto que mi pasión hacia los verbos es sólo un trampolín para más altos vuelos. “Por la palabra hacia Dios”, he ahí un buen lema que regalo generosamente, pese a mi sálita tacañería material, a los catequistas que deseen usarlo en el ámbito de la pastoral universitaria.

Ya sabe usted (otra vez me disculpará el habitual giro que le atribuye la omnisciencia divina) que los judíos sefarditas acusaban a los cristianos viejos de ser politeístas al hablar de “Dios”, así, con un sufijo que denota el plural. Ellos, que tenían la patente clásica del monoteísmo, decían “Dio” en singular. Y las nuevas feministas reprochan hoy a los católicos machos de toda la vida que Dios sea un nombre masculino. En las cosas del lenguaje nunca llueve o truena a gusto de todos. Unos piensan en las hortalizas, otros en los bañistas.

Pues bien, algo así ocurre con la palabra “matrimonio”, evidentemente un asunto de la madre. ¿No es ella la perfecta casada porque también ella es quien debe permanecer en la casa? “La mujer aína, la pierna quebrada y en la cocina”, dice el refrán. En cambio el “patrimonio” es cosa del padre, el único con capacidad para testar en favor del hijo varón para que no peligre la casa y la

sucesión del mayorazgo. Hacienda somos todos, o casi...

Nada tan dócil y elástico como las palabras. Siempre han soportado, igual que las mujeres, esas “vacas de Basan”, la prostitución semántica en beneficio de la humanidad masculina. Existen hombres “públicos” y también hay mujeres “publicas”. La democracia, como la química, se divide en “orgánica” e “inorgánica” (aunque mejor sería partirla en “sana” e “insana”). Los sectores “populares” son aquellos que comen de sobaquillo en las tahonas de pueblo, mientras los “sociatas” o “filosociatas”, como Boyer, se llevan sus bocatas de chorizos con manga a los Bancos populares, los casinos y restaurantes de los clubs náuticos de Marbella. Existen “madres” que nunca tendrán hijos y el Papa es un hombre con sobrinos y sin esposa. ¿Hay algo más sumiso y obediente, además de las putas y los diputados de asiento y sueldo, que unos cuantos sonidos a los que puede adherirse sin protesta cualquier sentido conveniente? ¡Si será por nombres ...!

**[4]**

Querido Juan Jose:

¡Oído al parche! Tengo entendido que un estudiante de filosofía, letras (o ambas cosas a la vez, que todo puede darse) desea opositar al Colegio de Burjassot. Le ruego que trasmita de mi parte a José Vicente un mensaje de calma, serenidad, paciencia. Como la araña en espera de la mosca, ábrase suavemente, imperceptiblemente las puertas del castillo. Una vez dentro el mochuelo, asegúrese bien el portero (o quien fuere) de que todas las ventanas con vistas al jardín están (es importante) perfectamente cerradas. ¡Ah!, suscríbase también una póliza de seguros al cándido muchacho por lo que pudiera o pudiese suceder. Debe asegurarse a todo riesgo un bien tan escaso. ¡Imagínese! ¡Alguien que conoce los pensamientos de los hombres que han pensado! Si además el chico piensa también por su propia pierna, rabo o glándula pineal, pues ... ¡miel sobre hojuelas!

Cada vez más los humanistas vamos pareciendo en la sociedad igual que los *gays*, las lesbianas y otros animales parcialmente racionales, bípedos implumes, plumados y marginales que solamente gozan hoy de protagonismo audiovisual por nuestra reconocida capacidad para sacar el culo y la lengua ante las cámaras. Para algo, digo yo, debe servirnos haber estudiado durante todo un año escolar la Retórica del feo Hermostilla..

P.D: Si fuere preciso aplicar en las oposiciones la discriminación positiva en favor de la cuasi extinta minoría humanista, pues hágase en buena hora y perezcan el mundo, el colegio o la carne del demonio. Vale más que en el cielo entre un hombre que confunde la magnesia y san Alberto Magno a que ingrese en el Colegio un ingeniero al que se le caen los puentes o un médico que confunde la ictericia con una niña adoptada en China. Pues eso, al menos una cuota de representación en dirección contraria a la regla d'Hondt.

## [5]

Querido Juan Jose:

Una vez más me tira usted de las orejas reprochando mi descuido formal, el absoluto desprecio que tengo hacia las buenas maneras. ¡He olvidado poner el acento agudo en el segundo nombre de pila suyo: “José”. Tiene mucha razón. No es lo mismo decir “chata, ven pa’ca” a susurrar dulcemente en el oído amante: “Béseme el amado con besos de su boca”. No, no es lo mismo.

Pero sucede que en la doctrina sobre los acentos yo soy un disidente convencido, militante, recalcitrante. Si vuestra boca dice “sí”, pues eso, sea “sí”. Una cosa es la hipótesis condicional, si esto o aquello, otra distinta la afirmación rotunda del “sí, quiero”. Aquí, en el acento, la forma es el fondo. No basta poner el punto sobre la “i”, sino que debe transformarse la redonda albóndiga en una tilde o croqueta estirada (perdón, tengo hambre a estas horas de la madrugada).

Por otro lado, entre “aqui” y aquí , con acento o sin él, no varía en nada la distancia geográfica ni se hace más corto o menos largo el índice de la mano. La diferencia solamente importa a los sordos, a los gramáticos a sueldo y a los extranjeros que aprenden la lengua con la vista y el oído puestos en libros y cintas cuya reproducción está prohibida para que la ciencia no se haga de balde. Yo sé bien que “ladrón” no pierde en el oído la tilde de mi odio cuando se convierte en el plural “ladrones”. ¡Faltaría más! Bastaría juntar un cabron

a otro cabrón para que en el plural se limpiasen ambos cabrones la falta de ortografía. Una mano lava la otra, un testigo da testimonio del otro testigo.

Y bien, toda esta hojarasca filológica sobre la forma y el fondo es para manifestarle mi hondo desacuerdo sobre un pensamiento de nuestro común amigo Pascal, el enemigo de la razón por amor a la razón. La resaca siempre sigue a la borrachera. Pero vamos al fondo: yo no creo que un millón de novenas, la comunión frecuente, las jaculatorias y otras devociones formales externas no sentidas sinceramente puedan reavivar un corazón apagado. Sería como repetirle todas las mañanas al olmo: “Eres un peral, dame peras”. Claro está que los periódicos nos dicen mil veces la misma mentira hasta que, de puro cansancio mental, embrutecidos, acabamos creyendo que si el río suena... Pero no está bien hablar del agua en casa del sediento.

**[6]**

Estimado Juan José:

Ayer hablé con su amigo don Antonio. ¡Pobre! Tiene cataratas ... en plena sequía. El chiste no es mío, pero la broma oftalmológica le sirvió a él para rezumar su mal de ojo sobre Pla y la ministra Narbona, a la cual acusó de “sequía cerebral”. ¡Y me lo dijo a mí con mirada cómplice! Verdaderamente don Antonio no anda bien de la vista. No se da cuenta de que yo me peino las malas ideas con la raya hacia otro lado y que me corto el cabello con otras Navajas de Albacete. O sea, que bebo otros vientos y orino otras aguas. Claro está que tantos años “trasterrado” del Ebro, arrimado a la buena sombra, tal vez me hayan civilizado un poco adquiriendo esa virtud camaleónica tan alejada de mi disposición nativa. Todo puede ser. Cuestión de perspectiva, que diría el maestro.

Quienes leen solamente “El Heraldó” o “Las Provincias” se hacen provincianos. Pero aquellos que hojean los dos periódicos a la vez dividen por la mitad su localismo. El ideal redentor de los regeneracionistas españoles sería conocer y comprender la prensa de las cincuenta provincias. La quincuagésima parte de nacionalismo cantonal y “cosmopaleto” es un resto despreciable e inocuo para la salud y la grandeza de la patria española. Por desgracia, algunos leen la Hoja parroquial de la prensa madrileña creyendo oír allí el latido de toda España: “Obras en la Cibeles y en Alcalá, miles de

automovilistas atrapados en el atasco piden el cese del ministro. Gobierno dimisión”.

## [7]

Querido Juan José:

Cierto orondo mitrado, amigo suyo y conocido mío, se ha metido de forma imprudente en un buen lío durante el ejercicio de sus tareas episcopales. En lugar de sacar a danzar en su peana a san Pascual Bailón rogando el favor de las caprichosas nubes, ha pretendido - ¡casi ná! - acabar él solito con el problema hidrológico internacional (PH i N) inmiscuyéndose pastoralmente en la política de alta sotana y de baja cama. Es lo que tiene la doctrina social de la Iglesia, que vale lo mismo para un roto que para un descosido. “¡Bendita y alabaada sea la hooora ... en Zaragooooza!”. La Virgen vino en carne mortal y el prelado ha venido rollizo de carnes a quitar hierro y dar carnaza a la prensa mal intencionada. Que la hay, Juan José, créame.

Y ya le están recordando aquello de que no se desnuda al *poverello* san Francisco para vestir a san José María, patrón de Barbastro. Algunos obispos ya están poniendo también sus barbas a remojar, por si acaso ... Hagan caso, que son y somos escasos. Los curas obispables, digo.

Como dice el poeta:

Nuestras vidas son los ríos,  
que van a dar a la mar ...

a perderse, inútilmente, malbaratados ¡*Oh, là là  
quelle gaspillage... mon Dieu!*

Señor, ¡cuánta inteligencia despilfarrada en tu santa Iglesia! Menos mal que nos has concedido un gran intelectual en la persona de nuestro queridísimo Arzobispo Manolo, a quien Dios y los socialistas amparen muchos años bajo la advocación del Pilar.

## [8]

Querido Juan José:

No es cierto que estas cartas sean un combate dialéctico en el cual yo, como autor y repartidor de la baraja, me llevo siempre la mejor o más sabrosa parte de la tarta y no le dejo a usted otras migajas, triunfos y laureles que los de reconocerse vencido y a los pies de mi incisiva pluma estilográfica. Usted, palabrita de maño, no es en absoluto el maniqueo inventado por mi egolatría literaria ni tampoco la excusa de mi prurito o comezón de polemista nato. Por otro lado, sabe bien que lo tengo como un representante ilustre de la “oposición”, ya sea la oposición crítica al “establishment” de su levítico gremio o bien la oposición ensotanada y silenciosa a este menudo opositor radical que soy yo, a quien san Agustín, Marción y san Macario concedan muchísima salud para seguir escribiéndole a pluma suelta y con el velamen de la amistad desplegado. A veces no hay mejor forma de estar con alguien que la de estar en contra de las ideas que encarna, esto es, aquellas secreciones de conceptos que rezuman de nuestras creencias.

Pues bien, usted cree todavía que el Espíritu Santo gobierna eternamente con mano invisible el timón de la Iglesia universal (eso que otros mal pensados llaman el tinglado canónico institucional). Y yo, pecador e ignorante, concedo muy gustosamente la mayor: esa mano - si la hay - es

invisible. O, al menos, tan poco visible como aquella otra pezuña mercantil de la que hablaban los viejos liberales manchesterianos para santificar los efectos visibles del mercado. ¿Dónde se oculta mejor el cadáver de Cristo muerto que en un cementerio - o un cónclave- lleno de cruces? Por supuesto que somos libres para pensar que si Dios permite la ruina de Israel, la deportación a Babilonia y la Curia Vaticana es para castigar el pecado de nuestra infidelidad a su evangelio.

## [9]

Querido Juan José:

Tiene usted razón al decir que la Iglesia no es, ni puede ser, una asociación política, un partido democrático. No me imagino votando a los feligreses de una parroquia para decidir si se modifica o mantiene el dogma de la Inmaculada concepción o la virginidad de María después del parto milagroso del hijo de Dios. Ahora, usted sabe muy bien que ciertos códigos morales y algunos cuantos dogmas han sido “decididos” (quiero decir, “definidos”) por una asamblea selecta de hombres reales de carne, hueso, barba, abstinencia e indigestión. Y una vez “expresado” o sacado a la eterna luz pública un supuesto dogma, ¿quién es el guapo des-expresador que lo des-expresa por muy buen des-expresador que sea? ¿No sería ello poner en cuestión, patas arriba, toda la arquitectura del edificio secular que guarda el depósito de la fe recibida? Y de ese modo la Iglesia se convierte así en una de esas casas-museo sobrecargadas de muebles y trastos en donde se acumulan cosas, creencias y recuerdos porque nos invade un sagrado temor de tirar nada por la borda de la histórica colección. Caer en el olvido o en el desuso, vale. ¿Desautorizar? Nunca. ¿Quemar? Sólo a los herejes y sus libros.

Pero hecha la ley, ¡ay! hecha la trampa. Todo consiste en saber interpretar de una manera sutil, correcta, adecuada, conforme a la historia

historiada en el lacre y al lastrante magisterio pontifical de los siglos – ordinario y extraordinario- la vaguedad imprecisa de unas fórmulas teológicas vagas e imprecisas (sobre todo en contraste con la claridad evangélica del amor a los hermanos). Si la altura del túnel dogmático es suficientemente alta puede tragar su oscura garganta, como un sepulcro abierto, los camiones y las motos, a rigoristas y relajados, *heavys o lights*, jansenistas o ultramontanos, liberales e integristas. La ortodoxia depende del gálibo. Sartre se imagina que el infierno son ... los “otros”. Y yo, socarrón y socarrado, chamuscado por la llama viva de los místicos malditos, no me imagino un paraíso sin los otros, todos, incluidos mi perro muerto, el gato de Baudelaire, mis enemigos y los grandes pecadores como algunos Papas, monjas o inquisidores.

P.D: La última afirmación, herética o no, requiere una ontológica contraprueba. Pues bien, supongamos que existe el ser más malvado que puede existir. Ahora, si realmente existe tal ser fuera de mi mente, posee ya por ello un bien o perfección relativa: la existencia. ¿O acaso ser no es mejor que la nada? En consecuencia el diablo o mal absoluto no puede existir pues ello es una contradicción en sus términos. Y si no hay rey tampoco hay Reino. Ergo ... no existe el infierno. Porque, vamos a ver, un diablo que tuviera un poquito de por favor o de buena voluntad no sería nada más que ... un diablillo. ¡Y para travesuras estamos los hombres, las mujeres, los niños, las

niñas, los padres, las madres, otra vez los padres conjuntos, las madres separadas, solteras, viudas, las familias monoparentales, las tradicionales o cismáticas, los gays adultos, las lesbianas mozas, los obispos asexuados, los viejos sociatas de la tercera internacional, los judeomasones y los nuevos católicos devotos del PP, con armario o sin él, cuando no sabemos siquiera si mañana, o pasado, saldrá aún el sol por Antequera para todos nosotros!

## [10]

Querido Juan José:

Cada mañanita de san Juan, y cada tarde de san José, me encuentro sentado en mitad del claustro al señor Arzobispo. Allí, de piedra, impasible al paso de los siglos y al peso de la lluvia, ¿qué pensamientos inertes desvelan el sueño de nuestro Fundador? Tal vez el ritmo clásico de las columnas o la proporción áurea del recinto contribuyen a forjar un sistema arquitectónico de ideas firmes, estables, equilibradas, bellas como una ecuación algebraica. ¡Quién sabe!

En cualquier caso, ya sean las piedras o el espíritu de la casa, me siento transportado hacia esa cosa que hacía infeliz al pobre y desgraciado Leopardi. O sea: *il pensiero*. Y añadía el vate pesimista ciego a la placentera luz de la península itálica: “*e mi ucciderá*”. A mí, en cambio, no me parte la mente un mal rayo de tristeza. Me alegra rascarme el cogote para descubrir qué diablos o conejos salen de la chistera cerebral. Cuestión de carácter, temple, humor, talento o talante. Y sigamos, cómo no, adelante, hacia más allá del túnel.

*E quindi uscimmo riverder le stelle*

Pero dejemos al Dante y sus pedanterías teologales. La oscuridad del claustro nos invita a la

meditación trascendental. ¿Qué ideas nos sugieren esta hermosa piedra lírica del Renacimiento valenciano?

Allí van en cordada algunos temas posibles para enaltecer, por quien le corresponda, el cuarto centenario del Colegio:

Sea el primero las relaciones entre la naturaleza y la cultura o la historia. ¿No ha observado usted cómo, en la primavera, surge siempre una pelusa de césped o una flor en alguna grieta de los sillares de piedra? Ya decían los bárbaros del mayo del 68 que debajo del asfalto duermen las playas. Yo mismo, si no me afeitará todos los días con la hojilla de un libro, descubriría a mi prójimo el salvajismo de mi alma ruda, torpe, campesina.

Los desagües (no me atrevo a llamarlos “gárgolas”) podrían servir en bandeja a algún ensayista de domingo el tema de la deformación de la verdad por los medios de comunicación. Cuando llueven cuatro gotas en la calle ¿no resuenan allá en el claustro amplificadas como un tísico dando un discurso hitleriano por un altavoz? Así el tamborcillo del Bruch espantó a todo un regimiento de gabachos con sus redobles en las montañas de Montserrat.

El reloj de sol aupado en la pared, con su narigudo gnomon, como Pinocho, puede servir para una ponencia a medio camino entre la alabanza del estoicismo y la defensa de la doctrina epicúrea. Solamente son dignas de contarse las horas de luz, soleadas, placenteras. Los momentos de tristeza y

dolor deben caer en las sombras del olvido ...  
¡Alegría, alegría, sollozos de alegría!

En estos días calurosos una bandada de vencejos o golondrinas – no soy muy buen ornitólogo – ha convertido el claustro silente en algo así como el circuito de Chestre pero sin Ricardo Tormo. Sus chillidos agudos, como cristales o niños jugando en la playa, traen a la memoria del visitante la luz y el aire de ciertos cuadros del valenciano Sorolla. Pero, ¡ay! las circunvalaciones y giros de los pajarracos competidores no tienen apenas público en esa hora virginal de la mañana. Como dice el poeta de Orihuela, el canto del ruiseñor “no pide ni sufre espectadores”. ¿No sería dicha estampa un buen motivo para reflexionar sobre la tarea creativa, lúdica y espontánea del hombre que juega? Después de todo ¿no será el pensamiento una forma de *divertissement* para no pensar en el único pensamiento en que le va la vida al hombre?

Y dejémoslo estar. Aunque habríamos podido hablar también del contraste entre el mármol de Carrara auténtico y la disoluta piedra local de las balaustradas. Este conflicto nos hubiera llevado a distinguir en arte sacro la inversión del “escaparate” y la “trastienda”. ¿A dónde conduce la política de santidad-express y los milagros *ad hoc*? ¿Qué sucederá cuando todos, revueltas alpargatas y botines, se hallen a la vista de los fieles en las vidrieras del cielo? Es cierto que la casa del Padre tiene muchas moradas y todavía más habitaciones. Pero siempre la “suite” se concede a su majestad doña Excelencia. Y no es lo mismo “valor” y “estima” que “pompa, enchufe o protocolo”. Dos

santos como José y María no hacen juntos un san José María, con perdón de mis paisanos mejor situados que este pecador en la carrera celeste hacia los altares.

## [11]

Querido Juan José:

Así como yo soy varón hasta en mis lágrimas femeninas, también soy – me siento- español y aragonés hasta el tuétano de mi alma. Pero nunca me he enfundado en la bandera tricolor, cuatribarrada o rojigualda. No desprecio los trapos y los símbolos, aunque si las cruces se usan sólo como espadas, las banderas solamente pueden servir como mortajas. O, si acaso, de flechas y pancartas en una manifestación de pelayos para no separar los legajos de un archivo ni juntar en el mismo yugo, con pegamento falso, los dos cónyuges fraudulentos traidores a la naturaleza.

El primer – o quizás único - artículo del verdadero patriotismo debería ser: “No tomarás el nombre de España en vano”. Y, *con la ayuda de Dios y de Santiago*, como dice la Cabeza Pensante de Galicia, salvaremos al buen Dios de morir en las hogueras y *queimadas* de la España Sagrada. Quememos las viejas y caducas fragatas hacia una Nueva España.

## [12]

Querido Juan José:

Pensar sobre el lenguaje es algo que nos une a lingüistas y filósofos. Yo no sé si esto puede llamarse con propiedad un matrimonio, una junta, mancomunidad o liga de intereses intelectuales. Como vivimos en tiempos de inundación y mezcolanza se han borrado las lindes entre las cosas y ya todo es de todos y para todos. Los buenos, malos y peores poetas hemos contribuido considerablemente a este comunismo universal con nuestro uso y abuso de las metáforas. “Esta es su casa”, decimos al huésped. Y el imbécil va sin perder tiempo al registro de la propiedad a consumir el cambio de patrimonio inmobiliario. ¡Hay que joderse!

Pues bien, andaba yo cierto día del verano, recién salido de la ducha, filosofando en el sofá sobre el enigma de la trinidad pronominal (yo, tú, el) cuando se me reveló de golpe, como un fantasma, una idea tentadora. “Tú”, dijo ella con voz sensual. – “¿Yo?”, respondí, como se hace en estos casos, ante la provocación femenina. Busqué ganar un poco de tiempo tirando balones afuera. “¿No será él o ella?”, musité con timidez mirando unas fotos colgadas en la pared. Y entonces, sólo entonces, se me encendió un bombillo que pensaba fundido. Había llegado a la distinción sexual de la gramática bajando al tercer puesto del escalafón, la medalla de bronce o tercera persona. En las distancias cortas “tú” y “yo” son pronombres

intercambiables. Poco importa, si hay amor o sexo, quién está encima o debajo. ¿Vamos a entrar en detalles de morfología lingüística cuando yo te veo el escote y tú sientes mis aromas de macho ibérico? ¡Qué falta nos hace la gramática! Sin embargo, él o ella son la persona alejada, distante, ausente o desconocida, aquella a la que se exigen papeles o documentos de identificación, informes psicológicos, cartas de recomendación o antecedentes penales. El o ella están en otra parte, en otro mundo, lejos, como Dios, Girona, don Gonzalo o la deuda del tercer mundo para los europeos. Los teólogos se refieren a la divinidad en tercera persona mientras que los poetas, místicos o blasfemos, lo tutean como a un amigo: “¡Oh, Tú, Señor...”.

En definitiva, el sexo (obispo, obispa) es una cuestión de tercera categoría, secundaria, accidental. Yo me intereso sólo del prójimo: yo, tú , nunca él o ella.

## [13]

Estimado Garrido:

Ya decía nuestro común amigo Ortega, don José (aunque quizás no con las mismas palabras) que los españoles europeos (no hablo de los otros, los aborígenes) somos católicos y romanos bajo la forma histórica y muy humana de haberlo sido hasta las cachas. Y esto seguirá siendo siempre así, una verdad eterna, por muchos cartagineses que crucen el estrecho con la tez tostada y montadas las nalgas en pequeños o enormes elefantes marinos. Ya no hay actualmente, a Dios gracias, Escipiones ni Aníbalés pugnando en las costas ayer desérticas y ahora atiborradas de turistas; sin embargo, aún nos queda en la piel el picor de los viejos escorpiones bélicos y el recuerdo de los caníbales hambrientos de poder y dominio sobre toda carne humana. *¡Asia a un lado, al otro Europa, y allá a su frente Estambul!* Vienen de nuevo los moros y no nos traen siquiera oro. ¡Y para eso hizo mi tatarabuelo la duodécima cruzada contra los infieles y enemigos de España!

Esperemos que los cursos acelerados de laicismo democrático que hoy organizan en Oriente los señores Bush & Blair tengan mayor eficacia que la lucha contra la esclavitud de la cristianísima Europa. ¡Afganistán o Irak no pueden esperar la paz y los derechos del hombre otros diecinueve siglos! Cristo siempre ha dado mucha libertad a los europeos que proclaman su fe en las Cartas Magnas para aplicar, con manga ancha y letra fina, su

mensaje de manera conveniente a las circunstancias históricas. Ha sido necesario vacunarnos durante tres siglos en el racionalismo, la ciencia, la Ilustración, el liberalismo y el último Concilio Vaticano, ayer mismo, para redescubrir que el Reino de Dios no es de este mundo y que los hermanos deben amarse entre sí igual que el Padre ama a sus criaturas. Claro está que algunos católicos españoles aman tanto a sus prójimos desemejantes, españoles nada católicos, que quieren prestarles a la fuerza, gratis, un poquito de su manifiesta y manifestante santidad desbordada... ¿Teocracia islámica? No, gracias. Me basta con la mía, la de toda la vida.

## [14]

Querido Juan José:

Los poetas de una sola pieza, media y también los diezmados o hechos unos zorros, tenemos muy buenas palabras, pero malísima conciencia. El bueno de Fray Luis ha de justificar en el tribunal de la opinión pública las *obrecillas* de sus poemas como ... algo, una nadería, que se le cayó de las manos en su niñez, en los huecos que le dejaban los estudios, trabajos y ocupaciones serias. A la poesía se dedicó furtivamente más por “inclinación de mi estrella” – dice – que por su juicio y voluntad. O sea, traducido al roman paladino: “Yo no fui, señor juez, que fue efecto de las malas drogas que me raptaron y violentaron mi persona para hacer aquello que nunca debe hacer un hombre honesto”.

Y el orgullo hidalgo del andaluz o novísimo castellano don Antonio Machado no hace sino corroborar en el desplante, como un guante invertido y arrojado, esa vergonzosa opinión que tienen los poetas de sí mismos:

A mi trabajo acudo,  
con mi dinero pago  
el traje que me cubre  
y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta  
y el lecho en donde yago.

También José María Valverde (¡mozo tan poco *fermoso* en la fealdad de una cátedra de estética!) nos sitúa a nosotros, ustedes, ellos... los vates, digo, al margen del camino de la vida, como

esos mendigos que no hacen otra cosa en los recodos y esquinas de la existencia que pedir o despedir ... por Dios. Somos los poetas unos pordioseros del lenguaje, hombres y mujeres retirados del diario combate, jubilosos en la retreta y en los retretes (ya sabe, el W.C. o *Wateres club*, el club de los vates desaparecidos como un mojón en la poceta ciega).

Qué excusas le daré yo a mi Poeta Mayor cuando me llame un día a su presencia y con ojos dulces y severos a un tiempo me reclame: “¿no pudiste hacer más en tu vida, cobarde, pecador de la frontera, so vago?”. Acaso yo le responda, como cantaba el bueno de Machado:

El pan que me alimenta  
*a diez minutos se halla*  
del lecho en donde yago

¡Ay, temo que el Gran Vate me retire los talentos para versificar!

## [15]

Querido Juan José:

Si un borracho trabaja en una bodega de vinos ¿no tomará a escondidas algún trago? Y si un ladrón es cajero de una tienda ¿acaso no sisará alguna moneda distraída en su bolsillo? Pues bien, yo no soy ladrón ni borracho, pero soy poeta, cuasi profeta, algo proxeneta y tres cuartas partes aprendiz de filósofo. Todo eso metido y revuelto en la jaula dorada de una vieja biblioteca ilustrada. Es decir, un empleo a medio camino entre meter una sardina en la pecera, un cordero en su salsa y un rayo irredento en la redoma de un laboratorio. Y la mejor forma – o, al menos, la más ética - de robarse un prólogo vírgen, o embriagarse con la décima parte de un libro cerrado a cal y canto, es leerlo uno mismo a sorbos, a hurtadillas, a mordiscos silenciosos y furtivos bocados. Y con esas menudas o escasas sangrías, ínfimas sustracciones de tiempo sisado a mi deber civil como chulo de libros, proporcione a mis carnes el placer indecente, el éxtasis visionario que debería dar o vender a otros. Si en este verano tampoco hay muchos clientes en esta casa santa y blanca donde (espiritualmente, ¡eh!) me prostituyo a cambio de una nómina ¿no podré gozar yo, a solas, en secreto – que nadie me veía - de tal o cual hoja lasciva, la pierna lujuriosa de un ensayo, la tersa o dulce piel lúbrica de un artículo sin plumas de revista?

Esta mañana un librito de Jurgen Moltmann acaricia impudicamente los bajos fondos de mi

adormecida y escrupulosa conciencia laboral. Se titula “Sobre la libertad, la alegría y el juego”. ¡Ay, pobre de mí! Me sobresalta el susurro culpable y cómplice de sus hojas al pasar mi dedo sobre su lomo recordándome la triste esclavitud del hombre que ha de ganarse el pan, seriamente, con el sudor de la frente y de sus yemas digitales. Volvamos, por tanto, como un calvinista, al trabajo sin libertad, alegría ni juego... y descuénteme, por favor, los tres euros – un café *à la crème* - que nos ha costado – *time is money* - mi descuido y negligencia profesional.

**[16]**

Querido Juan José:

Ya sabe usted lo que cierto científico creyente afirmó: “un poco de ciencia aleja de Dios, mucha nos acerca a El”. Cuanto más conocemos la figura y los rincones del universo infinito mayor es el sentimiento que tenemos de nuestra enorme ignorancia. ¡Somos tan poquita cosa! Pues bien, con la historia nos sucede algo semejante. O sea: poca nos hace tradicionalistas, mucha nos convierte en liberales, escépticos o ambas cosas a la vez. Yo me caí del burro el día en que mi madre me dijo que siendo niño se había iniciado la “tradicional ofrenda” de flores a la Virgen del Pilar. La naturaleza del hombre es su historia. Claro está que yo no diría esto mismo si mi propia historia hubiera sido diferente. Verbigracia, si en vez de hacer una tesis de diletante sobre Ortega me hubiera ocupado en serio, profesionalmente, del pensamiento escolástico.

Yo he nacido en el seno de una familia tradicional, sociológicamente católica, como Dios manda y las leyes de don Paco o la costumbre ordenaban, aunque esa tradición no fuese ya precisamente, para bien o para mal, la vieja familia patriarcal del Antiguo Testamento. ¡Ay, yo no he podido tener descendencia de una hermosa criada egipcia, como Abraham, ni conocer simultáneamente a dos hermanas, como hizo Isaac con Raquel y Lía! Tal comportamiento probablemente me hubiera llevado a la cárcel por

bigamia además de originar el escándalo entre mis mejores amigos. ¿Cómo será la familia tradicional dentro de tres, cuatro o cinco mil años? “¡*Que sais-je!*”, como diría un libertino, casi medio paisano y compañero de dolor y fatiga en sufrimientos “litiásicos”.

Pero no se me asuste, querido amigo, ni arrugue tampoco el ceño cual pastor que ve alejarse a una oveja camino hacia el degolladero... *del relativismo ateo y nihilista* (¡toma ya, pedanterías “ureñiles” a mí que estoy vacunado contra las enfermedades del trópico!). Si la verdad no existe, callemos y sigamos cultivando hortalizas. Estoy convencido firmemente de que nada puede discutirse si no hay antes algo indiscutible. En un verdadero matrimonio se litiga siempre por el pan o la sal pero nunca se cuestiona el amor sincero y libre que mantiene unida a la pareja, sin la camisa de fuerza de las leyes anti-disolución. Ahora que, como dicen los buenos conservadores, para estar completamente seguros ... ¡mejor tiremos la llave del candado!

Yo no quiero castrarme como Orígenes para no caer en la tentación de la carne. Y sospecho que quien peca de verdad no es el ojo falso sino la voluntad del tuerto que se regodea con el otro ojo bueno en la visión escandalosa.

Creo que ser homosexual es una rareza biológica tan extravagante y poco ética como ser zurdo, daltónico o ... “torero al otro lado del telón de acero”. Cosas de la estadística genética más que de la moral religiosa. Yo no tengo mérito alguno de que me gusten las mujeres desde que la varita mágica me señaló la fonda y la fontana ni, mucho

menos, demérito de haber perdido alguna vez los calzoncillos en la Bolsa. ¡Qué se le va a hacer si a ciertos hermanos les cae en suerte bailar con la más fea! Pues ... ¡que se jodan y sean buenos como Dios manda! ¿O no? A veces me tienta la idea de preguntar al maestro: “¿Quién pecó, él o sus padres, para que éstos sean ... así, raritos?”. Pero me digo que si Dios permite estos caprichos es para ponernos a prueba como al pobre Job y a sus caritativos amigos.

Oremos: Danos, Señor, la libertad para errar de camino y líbranos de toda falsedad en el corazón, así como en los armarios de la vida, amén.

## [17]

Querido Juan José:

Hace unos días me contaron un chiste que me trajo a la memoria el cuentecillo de Jacob engañando a su suegro Laban con aquellas ovejas manchadas por medio de la primera “manipulación” biológica. Decía así: “Oiga, ¿esas pécoras son tuyas? Y el aldeano responde: ¿Cuáles, las blancas o las negras? Porque las blancas son mías. ¿Y las negras?, insiste el hombre. – Pues también son mías.”

La Iglesia es Madre, Esposa de Cristo, el buen Pastor. Pero en el redil sigue habiendo ovejas blancas y ovejas negras, hombres y mujeres, seglares y clérigos, regulares e irregulares, pecadores sin papeles y pecadores con bula ... Unas cardan la lana, otras llevan la peana, algunos tejen y hacen el derecho canónico, otros lo cumplen con humilde, cristiana y ovejuna resignación ... ¡Ay de los pastores que pierden a sus corderos y éstos no los echan en falta!

